

73.224
.H831e
e. 2.

PAGINAS PARA LA HISTORIA
DE LA CULTURA DOMINICANA

LA ESCUELA NORMAL Y EL INSTITUTO DE SEÑORITAS

EDICION DE LA REVISTA DE EDUCACION

IMP. LA NACION
SANTO DOMINGO
1933

16995

Dig

BN
373.224
H 9312
2.2

PAGINAS PARA LA HISTORIA DE LA CULTURA DOMINICANA

DISCURSO

pronunciado por Eugenio María Hostos, Director de la Escuela Normal de Santo Domingo, en la primera investidura, de alumnas del Instituto de Señoritas, dirigido por Salomé Ureña de Henríquez, 17 de abril de 1887 (*)

¡Ahí están! En el primer momento del viacrucis, dando el primer paso en la vía de lo ideal a lo real. Vienen de lo ideal. ¡Las miserandas!...

Cada paso que den hacia lo real ha de ser un traspíe en las tinieblas. La luz, para ellas, está en el fondo de ellas mismas: es la luz cenicienta de la idea, que, al reflejar la luz propia de la verdad, fulgura tenuemente en el cerebro, como fulgura en las lejanas cumbres de la Luna la devuelta luz que la Tierra irradia. En esa semiluz encantadora, resplandor persuasivo de las realidades de la naturaleza y de la vida, vida y naturaleza se presentan como deben ser en la recóndita esencia de la verdad original y eterna, no como son en la realidad tenebrosa del error.

Al dar el primer paso, seguimos el impulso del ideal que nos guiaba, y en vez de llegar a lo real, adonde nos impele nuestro destino de seres preeminentemente organizados para la verdad, caemos en la primera sima de la razón, la incertidumbre.

Esa caída la damos todos, en todos los derroteros de la vida. Somos niños que aprendemos, cayendo, a caminar; somos viajeros que perdiéndonos aprendemos a orientarnos; somos barcos que brujuleando aprendemos a tomar un rumbo; somos predeterminados descubridores de un nunca descubierto nuevo mundo moral, que navegamos sin norte fijo por el mar de las tinieblas.

Esa caída en la sima de la incertidumbre la daréis vosotras, ¡pobres niñas! Muy más honda quizá, porque la dais desde más alto.

(*) Las maestras que se graduaron en aquella ocasión fueron Leonor María Feltz, actual directora del Museo Nacional, Luisa Ozema Pellerano, después fundadora del Instituto "Salomé Ureña", Mercedes Laura Aguiar, Ana Josefa Puello, Altagracia Henríquez Perdomo y Catalina Pou.

028228



Sois las primeras representantes de vuestro sexo que venís en vuestra patria a reclamar de la sociedad el derecho de serle útil fuera del hogar, y venís preparadas por esfuerzos de la razón hacia lo verdadero, por esfuerzos de la sensibilidad hacia lo bello, por esfuerzos de la voluntad hacia lo bueno, por esfuerzos de la conciencia hacia lo justo. No vais a ser la antigua institutora de la infancia, que se acomodaba a la sociedad en que vivía, y, devolviendo lo que había recibido, daba inocentemente a la pobre sociedad los mismos elementos de perturbación que siempre han sido y serán la ignorancia, la indiferencia por la verdad y la justicia, la deferencia con el mal poderoso y la complacencia con la autoridad del vicio.

Vais a ser institutrices de la verdad demostrable y demostrada, formadoras de razón sana y completa, escultoras de espíritus sinceros, educadoras de la sensibilidad, para enseñarla a sólo amar lo bello cuando es bueno; educadoras de la voluntad para fortalecerla en la lucha por el bien; educadoras de la conciencia para doctrinarla en la doctrina de la equidad y la justicia, que es la doctrina de la tolerancia y la benevolencia universal en cuanto somos hechuras del error, y la doctrina del derecho y de la libertad en cuanto somos entidades responsables. Lo que hay, de lo que vais a enseñar a lo que antes enseñaban, es abismo. Os lo repito: no os salvaréis de la caída. Pero os lo repito para alentaros, no para disuadiros. Soy como el peregrino probado por la fatiga y el dolor, que, al ver caminar por su camino al inexperto, "¡Adelante, espíritu valeroso!" le grita alborozado; "¡Adelante, pero trae los ojos bien abiertos, que donde quiera hay abrojos y espinas y derriscaderos y precipicios!"

Pero no soy yo, no el yo aborrendo, quien os amonesta; es la doctrina de verdad quien os aconseja, quien no puede mentiros ni engañaros, quien sabe que debe alertaros enérgicamente para hacer más pronto victoriosa la resistencia que desde el primer paso por vuestra nueva senda vais a tener que oponer. ¿Contra quién? ¿Y lo ignoráis, criaturas? ¿Ignoráis que la ley de los medios es tanto una ley del orden moral como es ley física? ¿Visteis alguna vez pasar sin desviarse el rayo de luz estelar o solar que llegó hasta vosotras penetrando desde el impalpable medio etéreo por el medio más denso de la atmósfera?

Pues así no veréis jamás ¡nunca, jamás! penetrar, sin sesgarse, la luz de las ideas por el densísimo medio que fatalmente

les opone la atmósfera social. Y menos lo veréis, cuanto más pura sea la luz, es decir, cuanto más alta sea la idea.

¿Y hay, en el mundo de los hombres, idea más alta que la de redimir del error y del mal a los humanos? Y siendo ese el ideal de donde venís, porque ese es el ideal de la verdadera educación ¿cómo queréis que no se os sesgue el ideal? ¿Criaturas inocentes, ya está sesgado! Hasta ayer, hasta hoy, hasta este instante, brillaba en vosotras con su luz incontaminada, porque hasta ayer, hasta hoy, hasta este instante, el medio que lo recibía era igual al medio de donde procedía; pero en lo sucesivo, ya no sois cerebros y corazones sedientos: sois mujeres que formáis parte integrante de una sociedad, y la luz moral e intelectual que de vosotras parta, por fuerza ha de encontrar obstáculo en el medio social que nos envuelve.

¿Y cuál es el medio? Más turbio, más denso, más espeso, no lo ofreció jamás ninguna atmósfera a ningún rayo de la luz benéfica, a ningún rayo de la electricidad restauradora. Se palpan en este medio las tinieblas. Si la razón individual busca la verdad, encuentra el error en la razón común; y el error es tiniebla intelectual: si la voluntad intenta el bien, da con el mal, que es tiniebla moral; si la sensibilidad suspira por afectos desinteresados, tropieza en el egoísmo, que es la tiniebla del corazón; si la conciencia está hambrienta de justicia, la tiniebla de la iniquidad la saciará. ¿Qué luz penetrará esas tinieblas, aunque sea luz de un alma de primera magnitud? Descomponed a la vez todos los elementos de los cuerpos, y la masa de gases deletéreos ascenderá como turbión irresistible a interponerse entre el sol y vuestra vista; descomponed los elementos de organización social, y la sociedad será una masa impenetrable a toda luz. Pues sabedlo al empezar vuestra jornada: la sociedad es refractaria a la luz de verdad y de justicia que venís a ofrecerle, porque es una sociedad desorganizada. No por su culpa, no por culpa de nadie, no por ingénita razón de su existencia, no por perversidad que le sea característica, no porque ella ame el mal ni quiera el mal ni sepa el mal, sino porque su estado sociológico es estado de mal.

Nunca tengáis miedo a la verdad: si la veis, declaradla; si otro la ve por vosotras, acatadla. Por aviesa, por repulsiva, por aterradora que sea la verdad, siempre es un bien. Cuando menos, es el bien diametralmente opuesto al mal del error. Quien ve lo que es, ya está en camino de averiguar por qué es como es lo que

así es. Y entonces, en vez de cerrar los ojos para no ver, dilatadlos para penetrar en el fondo de la realidad.

Entonces, en vez de esclavos del mal, sois sus señores, y podéis mandarle imperativamente: "¡cesa, mal!" Y cesará.

Pero si tenéis miedo a la verdad, cuanto más la temáis, más os dominará el mal que ella denuncia. Y si es verdad que la sociedad dominicana adolece de la desorganización universal y de la suya propia ¿por qué habéis de negarlo? ¿Tenemos miedo de pensarlo? Pues somos enemigos de la razón. ¿Tenemos miedo de decirlo? Pues somos enemigos de la verdad. El enemigo de la razón es enemigo de la especie: el enemigo de la verdad es enemigo de la dignidad, del progreso y de la vida de la especie humana; de la dignidad, porque el objeto de la razón es la verdad y la razón es la dignificación providencial del ser humano; enemigo del progreso del hombre, porque progreso no es más que desarrollo de razón; enemigo de la vida de la humanidad, porque el vivir del hombre es satisfacer su necesidad de descubrir verdades.

¡Sí! Es verdad que nuestra sociedad está desorganizada, y que en proporción de los elementos deletéreos está la incapacidad de hacer visible la luz que ha de empezar a disiparlos.

Mas no por eso es verdad que sea nuestro deber doblegarnos al imperio del mal que nos bloquea. Nuestro deber es virtud, y la virtud es fuerza, y la fuerza es lucha.

Lucha es en el fondo de un abismo, desde el cual no se dejan oír ni los gritos del combate, ni los lamentos del caído, ni los alaridos del dolor, ni los vítores del triunfo; pero así son las luchas del deber; así son los combates de conciencia: en lo hondo, en lo oscuro, en lo invisible.

Mas así como la abnegación, así es el mérito de ese hondo luchar contra el error, de ese oscuro luchar contra el mal, de ese invisible luchar contra la iniquidad. Y como tal es el destino voluntario del que consagra su vida a formar entendimientos para la verdad, voluntades para el bien, conciencias para la justicia, alborozáos, que cuanto más adusto sea vuestro destino, más gloriosa será vuestra existencia.

Venís condenadas a luchar con vuestro medio social; pero nunca la luz es más gloriosa que cuando, difundíéndose pausadamente por entre masas impenetrables de vapores, después de

largo combate, brilla al fin; venís condenadas a sufrir: pero vais a sufrir por alcanzar la misma gloria que alcanza la luz en sus luchas con la oscuridad, por alcanzar la gloria de enseñar el Sol. Vuestro sol sea la verdad: enseñadlo al pequeñuelo, enseñadlo a los sencillos, enseñadlo al inocente, y día llegará en que lo vean los adultos, en que con su luz se purifiquen los astutos, en que al influjo de su luz se mejore el delincuente. Entonces, aunque no hayáis atendido al resultado, habréis reconstituído el cuerpo enfermo, habréis reorganizado la sociedad desorganizada, y cualesquiera que hayan sido los dolores, bendecida de vosotras será la recompensa. ¿Qué recompensa más digna de altas almas que el haber regenerado con su ejemplo y su doctrina la patria desconocida de sí misma?

Desconocida de sí misma. En el fondo de este caos, no hay más que ignorancia. Si la patria supiera de su fuerza, si supiera dirigirla, ¿qué inesperados prodigios haría en el porvenir!

Fuerzas físicas, las tiene poderosas; fuerzas morales, se las dará pujantes su encaminamiento al destino histórico que tan ciegamente ha desairado; fuerzas intelectuales, las tiene tan vivaces que, aquí, lo profundamente interesante para el observador de sociedades es descubrir cómo un entendimiento social tan portentoso ha podido ser o vencido, o postrado, o desarmado, por un entendimiento del mal tan minucioso como el que han revelado ante la historia atónita la mayor parte de los burladores de la inteligencia nacional.

Ignorante de sus fuerzas, la patria no puede aprovecharlas. Revelárselas ¿qué servicio! Ordenarlas ¿qué beneficio! Devolverlas ¿qué salvación! Aplicarlas a su propio fin ¿qué redención! ¿Y quién mejor que vosotras puede hacer el servicio, el beneficio, la salvación, la redención? ¿Quién mejor que vosotras, tres veces ungidas por el santo ministerio de vuestro sexo, por la sacrosanta devoción de la verdad, por el augusto sacerdocio del magisterio?

Los maestros ya formados por la nueva doctrina son el presente; su lucha, su destino, su deber y su victoria es el presente. La maestra es el porvenir. Ella habla hoy y se la escucha mañana. El niño, de sus labios persuasivos, oye para toda la vida la revelación de su destino, y para toda la vida aprende que el destino del género humano es producir la mayor cantidad de bien,

la mayor cantidad de verdad, la mayor cantidad de armonía, la mayor cantidad de justicia.

La suma de los que aprenden desde temprano a conocer los fines de la vida concluye por ser la sociedad, por ser la patria, y así es cómo, empezando el combate en las tinieblas, lo concluye la maestra en la luz; empezándolo en el abismo, lo termina en la eumbre; empezándolo en la desorganización, lo acaba en la reorganización; empezándolo en donde todavía no es patria, lo acaba en la patria redimida de sus propios males.

Mirad si hay motivos de aliento en la obra que emprendéis. Es para vosotras, en los horizontes del espíritu, como fué para mí en los horizontes de la vista. Viajando por el proceloso Pacífico del Sur, hubo un momento de mortal congoja. Ni adelante ni atrás. Delante, las furibundas olas que el pampero desenfrenado precipitaba sobre el barco; detrás, el impasible ventisquero de la península de Penas; delante, era abismarse; detrás, era aterirse. El horror, que miraba por los ojos, veía a un lado una costa inabordable, a otro lado una sirte, arriba un caos, abajo un torbellino, en parte alguna la esperanza, en todas partes la muerte imperativa. El barco no cejó ni cedió: perseverando, un formidable empujón de mar de proa lo hizo virar casi de bordo, y lo puso entre el Cabo Penas y la punta septentrional de la Isla Wellington. Aquel golpe de muerte había sido un golpe de fortuna: frente por frente estaba la entrada de los canales patagónicos, y cuando otro oleaje furioso nos arrojó por encima de las olas, nos encontramos en el curso apacible de aquellas aguas bienhechoras, que jamás inquieta la tormenta, que siempre regocijan las secretas armonías de las selvas, y que por donde quiera ofrecen en sus islillas en formación la imagen palpable de todos los esfuerzos perseverantes. Con hojas podridas se hace una isla. ¿Quién la hace? La fuerza perseverando. Con verdades se hace un pueblo. ¿Quién lo hace? La verdad apostolando.

Ni mares, ni sirtes, ni ventisqueros, ni caos, ni torbellinos os arredren: más allá de la tempestad está la calma: ¡con hojas se hacen tierras, con verdades se hacen mundos!

EUGENIO MARIA HOSTOS

MI OFRENDA A LA PATRIA

En la investidura de sus discípulas, las primeras maestras normales de Santo Domingo (*)

¡Hace ya tanto tiempo!.. Silenciosa,
si indiferente no, Patria bendita,
yo he seguido la lucha fatigosa
con que llevas de bien tu ansia infinita.
Ha tiempo que no llena
tus confines la voz de mi esperanza,
ni el alma, que contigo se enajena,
a señalarte el porvenir se lanza.

He visto a las pasiones
levantarse en tu daño conjuradas
para ahogar tus supremas ambiciones,
tus anhelos de paz y de progreso,
y rendirse tus fuerzas fatigadas
al abrumante peso.

¡Por qué, siempre que el ruido
de la humana labor que al mundo asombra,
recorriendo el espacio estremecido
a sacudir tu indiferencia viene,
oculta mano férrea, entre la sombra,
tus generosos ímpetus detiene?

¡Ah! Yo quise indagar de tu destino
la causa aterradora:
te miro en el comienzo del camino,
clavada siempre allí la inmóvil planta,
como si de algo que en llegar demora,
de algo que no adelanta,
la potencia aguardaras impulsora...

¡Quién sabe si tus hijos
esperan una voz de amor y aliento!

(*) La autora, que en sus versos había orientado de 1873 a 1881 las aspiraciones de paz y progreso del país, en 1881, desalentada por los trastornos políticos de la nación, dejó de escribir y fundó el "Instituto de Señoritas".

díjo el alma, los ojos en tí fijos,
dijo en su soledad mi pensamiento.

¿Y ese amoroso acento
de qué labio saldrá, que así sacuda
el espíritu inerme, y lo levante,
la fe llevando a reemplazar la duda,
y del deber la religión implante?

¡Ah! La mujer encierra,
a despecho del vicio y su veneno,
los veneros inmensos de la tierra,
el germen de lo grande y de lo bueno.
Más de una vez en el destino humano
su imperio se ostentó noble y fecundo:
ya es Veturia, y desarma a Coriolano;
ya Isabel, y Colón ha'la otro mundo.
Hágase luz en la tiniebla oscura
que al femenil espíritu rodea,
y en sus alas de amor irá segura
del porvenir la salvadora idea.
Y si progreso y paz e independencia
mostrar al orbe tu ambición ansía,
fuerte, como escudada en su conciencia,
de sus propios destinos soberana,
para ser del hogar lumbrera y guía
formemos la mujer dominicana.

Así, de tu futura
suerte soñando con el bien constante,
las fuerzas consagré de mi ternura,
instante tras instante,
a dar a ese ideal forma y aliento
y rendirte después como tributo,
cual homenaje atento,
de mi labor el recogido fruto.

Hoy te muestro ferviente
las almas que mi afán dirigir pudo;
yo les di de verdad rica simiente,
y razón y deber forman su escudo.
En patrio amor sublime
templadas al calor de mis anhelos,

ya sueñan que tu suerte se redime,
ya ven de tu esperanza abrir los cielos.

Digna de ti es la prenda
que mi esfuerzo vivísimo corona
y que traigo a tus aras en ofrenda:
¡el dón acepta que mi amor te abona
Que si cierto es cual puro
mi entusiasta creer en esas glorias
que siempre, siempre, con placer te auguro;
si no mienten victorias
la voz que en mi interior se inspira y canta,
los sueños que en mi espíritu se elevan,
ellas al porvenir que se adelanta
de ciencia y de virtud gérmes llevan.

SALOME UREÑA DE HENRIQUEZ

Abril de 1887

PALABRAS

de la Directora del "Instituto de Señoritas" en la segunda investidura de alumnas suyas, en la Escuela Normal de Santo Domingo, diciembre de 1888

Vengo a cumplir un deber sagrado, vengo a satisfacer en leve parte una deuda de inmensa gratitud. ¡Ah! que por más que extreme el caudal irragotable del reconocimiento, esa deuda no se satisface por completo.

Hablo, señores, de la deuda contraída con el Director de la Escuela Normal, con el implantador sincero y consciente del método racional de la enseñanza moderna en la sociedad dominicana (*).

Le vi aparecer trayendo por séquito los rayos de las nuevas ideas, de las ideas redentoras, de las ideas de la civilización actual, y yo, que siempre he suspirado, que suspiro aún, que suspiraré mientras aliente, por el engrandecimiento moral y material de mi país, batí palmas de gozo y esperé. Pero la porción más preciosa de esta juventud a quien está encomendado el porvenir no tomaba parte en este desarrollo de luz y de conciencia. La mujer, la madre, necesitaba fortalecerse también con la posesión de la verdad y de la moral científica, para preparar y fortalecer a su vez, por medio de ese arte que sólo ella posee, la conciencia de las generaciones del futuro. Propúseme entonces, aunque con débiles fuerzas, coadyuvar a la magna obra, y, alentada por el generoso compañero de mi vida, que lleva por ideal el triunfo del bien, de la virtud y de la ciencia, emprendí la difícil labor. No quiero saber si la ignorancia me ha regalado con los dicterios de su encono. Voces de aliento se levantaron para animarme en la tarea, entre ellas la del mismo doctrinario que ha tenido especial complacencia en aplaudir mi obra y coronar el triunfo de mis esfuerzos desinteresados.

Mas ¡ah! él, pronto siempre a dar su apoyo en favor de las nobles ideas y a contribuir al logro de toda obra de bien, de luz y de progreso que se inicia en derredor suyo, mal juzgado porque ha sido mal comprendido, lucha contra los elementos desencadenados de una oposición injusta; y fatigado del largo y rudo combate, si bien firme y serena la conciencia, se aleja de nosotros

(*) Hostos.

para ir a apacentar su espíritu en otra esfera de más amplios horizontes para la vida intelectual. Pero ¿qué de extraño? Esa suele ser la cosecha que recogen los productores del bien. Así es a veces la humanidad: tiene para los reformadores, para los civilizadores, la cicuta y la cruz.

Y bien, he dicho a mis discípulas, vamos a verter una gota de miel en su copa de acíbar: llevémosle, como prenda de gratitud y despedida, un nuevo fruto de nuestras labores, para que lo consagre con su palabra amorosa. Y henos aquí llenando el sagrado deber. Nuestra presencia en este lugar es la expresión de un voto de gracias y de un adiós.

¡Ah! yo adoro esta patria donde nacieron mis padres, donde vine yo al mundo, donde he visto irradiar sobre mis hijos la luz de la existencia, y tú llegaste a ella con los estímulos del bien, y enamorado de su belleza y presintiendo altos destinos para su porvenir, quisiste lanzarla en la corriente civilizadora de las ideas. ¡Sé bendito! Yo no olvidaré el noble empeño con que te consagraste a dignificarla en su puesto de nación libre.

Te vas; pero germinará la simiente que dejas en el surco, y los frutos del porvenir se fecundarán con la savia de tus doctrinas pedagógicas.

¡Adiós! Cuando en las horas tranquilas que te esperan bajo otro cielo, acuda a tu memoria un pensamiento de amargura en el cual palpita el nombre de mi patria, piensa también que hay en ella corazones amigos que te recuerdan y almas agradecidas que te bendicen.

SALOME UREÑA DE HENRIQUEZ

PALABRAS

de la Directora del "Instituto de Señoritas" en la segunda investidura de alumnas suyas, en la Escuela Normal de Santo Domingo, diciembre de 1888

Vengo a cumplir un deber sagrado, vengo a satisfacer en leve parte una deuda de inmensa gratitud. ¡Ah! que por más que extreme el caudal iragotable del reconocimiento, esa deuda no se satisface por completo.

Hablo, señores, de la deuda contraída con el Director de la Escuela Normal, con el implantador sincero y consciente del método racional de la enseñanza moderna en la sociedad dominicana (*).

Le vi aparecer trayendo por séquito los rayos de las nuevas ideas, de las ideas redentoras, de las ideas de la civilización actual, y yo, que siempre he suspirado, que suspiro aún, que suspiraré mientras aliente, por el engrandecimiento moral y material de mi país, batí palmas de gozo y esperé. Pero la porción más preciosa de esta juventud a quien está encomendado el porvenir no tomaba parte en este desarrollo de luz y de conciencia. La mujer, la madre, necesitaba fortalecerse también con la posesión de la verdad y de la moral científica, para preparar y fortalecer a su vez, por medio de ese arte que sólo ella posee, la conciencia de las generaciones del futuro. Propúseme entonces, aunque con débiles fuerzas, coadyuvar a la magna obra, y, alentada por el generoso compañero de mi vida, que lleva por ideal el triunfo del bien, de la virtud y de la ciencia, emprendí la difícil labor. No quiero saber si la ignorancia me ha regalado con los dicterios de su encono. Voces de aliento se levantaron para animarme en la tarea, entre ellas la del mismo doctrinario que ha tenido especial complacencia en aplaudir mi obra y coronar el triunfo de mis esfuerzos desinteresados.

Mas ¡ah! él, pronto siempre a dar su apoyo en favor de las nobles ideas y a contribuir al logro de toda obra de bien, de luz y de progreso que se inicia en derredor suyo, mal juzgado porque ha sido mal comprendido, lucha contra los elementos desencadenados de una oposición injusta; y fatigado del largo y rudo combate, si bien firme y serena la conciencia, se aleja de nosotros

(*) Hostos.

para ir a apacentar su espíritu en otra esfera de más amplios horizontes para la vida intelectual. Pero ¿qué de extraño? Esa suele ser la cosecha que recogen los productores del bien. Así es a veces la humanidad: tiene para los reformadores, para los civilizadores, la cicuta y la cruz.

Y bien, he dicho a mis discípulas, vamos a verter una gota de miel en su copa de acíbar: llevémosle, como prenda de gratitud y despedida, un nuevo fruto de nuestras labores, para que lo consagre con su palabra amorosa. Y henos aquí llenando el sagrado deber. Nuestra presencia en este lugar es la expresión de un voto de gracias y de un adiós.

¡Ah! yo adoro esta patria donde nacieron mis padres, donde vine yo al mundo, donde he visto irradiar sobre mis hijos la luz de la existencia, y tú llegaste a ella con los estímulos del bien, y enamorado de su belleza y presintiendo altos destinos para su porvenir, quisiste lanzarla en la corriente civilizadora de las ideas. ¡Sé bendito! Yo no olvidaré el noble empeño con que te consagraste a dignificarla en su puesto de nación libre.

Te vas; pero germinará la simiente que dejas en el surco, y los frutos del porvenir se fecundarán con la savia de tus doctrinas pedagógicas.

¡Adiós! Cuando en las horas tranquilas que te esperan bajo otro cielo, acuda a tu memoria un pensamiento de amargura en el cual palpite el nombre de mi patria, piensa también que hay en ella corazones amigos que te recuerdan y almas agradecidas que te bendicen.

SALOME UREÑA DE HENRIQUEZ

PALABRAS

de la Directora del "Instituto de Señoritas" en la última investidura de alumnas suyas en la Escuela Normal de Santo Domingo, diciembre de 1893

Henos aquí por la tercera vez consagrandolo, bajo los auspicios de la Escuela Normal, nuevas sacerdotisas para el apostolado de la enseñanza. Ya nos parecen comunes estas fiestas del espíritu, y ayer no más estaba vedada a la mujer en nuestro país toda aspiración fuera de los límites del hogar y la familia.

Abrió sus aulas esta institución docente, de privilegio exclusivo para el hombre, y tuvo el niño campo y guía para desenvolver su razón y transformarse poco a poco en el profesor consciente, capaz de dirigir a su vez y desarrollar vigorosamente las inteligencias infantiles. Ya no se confiará la educación de la niñez al primer intruso, sin dotes para el alto ministerio, sin conocimientos científicos, sin plan, sin propósito en esta obra de luz y de conciencia, en esta obra generadora de los grandes destinos del futuro. De hoy más tendrá el niño en cada maestro un mentor, un guía para el desarrollo de sus facultades, para el desenvolvimiento de su espíritu.

¡Y qué! ¿La razón de la niña, la razón de la mujer, la razón de la madre, palpará las tinieblas cuando su compañero vive en plena luz? ¡Cuánta injusticia! ¡Qué desequilibrio en ese hogar donde el niño puede dar lecciones a la madre! ¡Imposible, imposible! Preparemos también, a esa mitad importantísima de la humanidad, mentores y guías que desenvuelvan su razón y la capaciten para dirigir y alentar a los tiernos seres que la naturaleza le confía y que la amarán entonces con doble amor y veneración. Preparémosla para coadyuvar inteligentemente a la reforma social que se inicia con el desarrollo de la conciencia.

¿Pero dónde? ¿Pero cómo? He aquí el problema que hace doce años quise resolver, y al cual he sacrificado mi reposo y no escasa parte de mi salud.

¡Ah! Ese centro que se creó exclusivamente para el hombre nos abrirá sus puertas cuando llamemos en demanda de igual derecho para la mujer. Eso dije, eso dijimos; y, trabajando incansables en la medida de nuestras fuerzas, llamamos humildemente, y el generoso educador (*) cuya efigie suspendida sobre

(*) Hostos, ausente en Chile.

nuestras cabezas asiste muda, pero elocuente, a la continuación de su obra, el educador eximio, oyó absorto y complacido nuestra demanda; y las puertas de la Normal se abrieron con alborozo, y entramos entre aplausos de júbilo a ungir también, para el magisterio de las nuevas ideas, las frentes femeniles.

Hemos venido otra y otra vez, y ya no parece extraña nuestra presencia, ni atrevido nuestro arrojo. ¡Gracias!

Pero ¡ah! rendida por la fatiga de la lucha, sin recursos, sin medios de ninguna especie para continuar de pie sobre el palenque, solicitada por el santo deber de la educación de mis hijos, que reclama por entero todas las energías de mi espíritu, sello, con esta última prueba de mi trabajosa labor, la obra iniciada hace doce años.

Pláceme ver que no ha sido infructuosa, ya que su crédito tomó vuelos hasta merecer de la representación nacional, por voto unánime, el que el Instituto de Señoritas fuese elevado por decreto a la categoría de Escuela Normal para Maestras, y ya que las profesoras tituladas en la Escuela Normal de Santo Domingo se ven solicitadas con empeño, ora para clases en familia y en planteles de educación, ora para algunos puntos de la República, llamamiento este último al cual no han atendido hasta ahora por las dificultades que apareja el cambio de residencia.

Bástame, señores, con la satisfacción íntima de ver el cambio que va operándose gradualmente en la educación de la mujer dominicana; y si alguna gloria hay en ello, la reclamo toda entera para los que conmigo han coadyuvado a la realización de la obra. Para el compañero de mi vida, sin cuyo generoso esfuerzo y fecunda labor no se hubiera iniciado ni hubiera dado sus primeros frutos; para los profesores Dubeau, Prud'homme, Zafra y Federico Henríquez, que prestaron su concurso efficacísimo en las primeras pruebas del Instituto; para esas mismas jóvenes profesoras, que, sin remuneración apenas, con abnegación ejemplar, han venido por más de seis años sosteniendo la carga sobre sus débiles hombros; para los que generosamente han contribuído con su óbolo personal a dar un año más de vida al plantel moribundo, y por fin para la Escuela Normal y su distinguido fundador, sin cuyo valioso apoyo no hubiera podido realizar su propósito ni coronar sus faenas el "Instituto de Señoritas".

SALOME UREÑA DE HENRIQUEZ

INTIMA

Cuando en mis primeros juveniles años, adolescente casi, oí sorprendido y gozoso los acordes de tu patriótica lira, sentí que una fuerza extraña subyugó mi espíritu. No te conocía, nunca te había visto; pero desde entonces satélite fué mi alma de la tuya, como errabundo astro que un sol poderoso fija en su órbita. Yo vagaba por las calles, con el periódico en la mano, leyendo, repitiendo, recitando en todas partes la última de tus poesías. Porque tú eras mi Homero, mi Virgilio, mi Dante. Mi espíritu se embriagaba en el torrente de tu poderoso numen, como el insecto que revolotea en torno de radiante foco de luz.

Por todas partes te busqué, porque tu singular modestia te ocultaba en el hogar de tus mayores. Trémulo me acerqué a ti para pedirte, como hambriento peregrino, del pan de tu saber. Y en tu inagotable bondad, me lo ofreciste en abundancia. "Muéstrame, —me dijiste,— el camino de las ciencias que tú trillas". Y de ese modo, ocultando con tanta ingenua sencillez tu superioridad moral, me avasallaste y me hiciste tu discípulo llamándome maestro. ¡Días venturosos en que el campo de las letras y de las ciencias se mostraba a nuestros ojos cubierto de flores, y el horizonte se ensanchaba, el cielo era azul purísimo y reverberaba el sol: la vida se derramaba sobre el universo! Yo estaba absorto, en embeleso, ante tanta belleza intelectual y moral resumida en tu delicado sér...

Nuestros propósitos, nuestras aspiraciones, nuestros ideales, vinieron a ser unos mismos para ti y para mí, y emprendimos juntos la peregrinación de la vida. Por sendero escogimos el más espinoso y por término de nuestra jornada el bien humano. Surgieron a nuestro lado retoños de nuestras almas y entonces avanzábamos al porvenir con fe y en grupo indisoluble. Pero ¡cuán ruda fué para nosotros la lucha de la vida! En ese sendero en que la empeñamos, sin recursos, sin apoyo, pero con sobrado aliento, el sacrificio era inevitable. Tú te lo impusiste una y cien veces con abnegación sin ejemplo y arrostraste las consecuencias con serenidad incontrastable. Avanzábamos siempre, por encima de todo, y dejabas tú en el camino una huella luminosa. En donde pusiste la planta, el campo no quedó yermo, sino que brotaron flores; y mirabas al porvenir con fe y de sus horizontes

veías caer haces de luz radiosa, luces puras de radiante aurora, sobre las infantiles cabezas de tus hijos. Y así, aunque penosísima en la marcha, era hermosa esta vida de grandes esfuerzos, sostenida por tu robusta fe, iluminada por tu inagotable esperanza.

Mas ¡ay! que el cuerpo cede a la fatiga y se doblaba, como la débil planta a los rigores del ambiente. Mientras surgía a nuestro lado un nuevo retoño de tu sér, te detuviste y llevaste la mano sobre tu corazón. ¡Cuando torné la cara, te vi herida de muerte! Entonces sentí en el fondo de mi corazón un dolor profundo que amenazó desorganizar todo mi sér moral. El mundo cambió repentinamente para mí. Ya no hubo más que sombras sobre mi cabeza y sólo escuchaba, como lejanas, las profundas armonías del dolor. Sentí miedo en el alma y envidia de tu suerte. ¿Por qué debías ser siempre tú la víctima? ¿Por qué sólo para ti debía ser el largo martirio? ¿Por qué sólo tú debías, superior al sufrimiento, tener en la congoja palabras de consuelo y voces de aliento en la zozobra?

En ese instante sentí mis miembros vacilar, las fuerzas se agotaban, y ansié por una piedra fría en que reposar mis sienes: me juzgué impotente para continuar la vía. Pero oí tu voz que clamaba al cielo: "Señor, Señor, él es mi esposo, él es el padre de mis hijos: fortalece su espíritu y su brazo." Y a tu voz me erguí, avergonzado de ese momentáneo desfallecimiento. Para ti, entonces, el asiduo cuidado, el bálsamo consolador, el perfume más delicado de nuestros sentimientos, la flor más bella de nuestras ideas. Quisiste, en tus días de ansiedad, respirar el ambiente de magnolias del antiguo hogar de tu difunto padre y dormir en un bosque de mirtos, y con mirtos rodeé tu lecho de dolor y regué sobre tu cuerpo las flores de la magnolia casi secular. Quisiste alimentarte con el néctar de las musas, y tus amigos, tus discípulas, tus hermanos, tus propios hijos, pequeñuelos aún, te lo sirvieron abundante en el cáliz delicado de la más selecta poesía contemporánea. Aspiraste el aroma de los primeros capullos, prematuros quizás, que ya han brotado del espíritu de tus propios hijos. Así, enferma, acongojada por la dificultad material de respirar, sembraste, sin embargo, en ellos, los gérmenes más valiosos de virtud e inteligencia, y ya pudiste gozarte en su contemplación.

Pero ¡ay, qué triste, tristísima pausa fué esta en la lucha



de la vida! ¡Cuánta zozobra! ¡Cuánta ansiedad! Y al fin te has ido de nuestro lado. Has roto prematuramente la cadena material que nos unía: aún no era hora para ti. Mas en este breve paso de la vida tu espíritu no nos abandonará.

¡Ay! ¡Pero te has ido, te has ido! En vano torno la vista y busco en mi rededor: tu forma corporal se me escapa de entre los brazos y sólo encuentro el vacío. ¡Infeliz de mí! Ahora comprendo el voto del destino y abro los ojos para ver la realidad. Recojo el precioso legado que me dejas, reconcentro todas las energías de mi conciencia y las consagro al enaltecimiento de aquél y de tu gloria

FRANCISCO HENRIQUEZ Y CARVAJAL

Santo Domingo, 8 de marzo de 1897

MESENIANA

A la memoria de nuestra muy amada maestra

Ayer ¡cuánto júbilo! ¡Qué alegre el canto del rruiseñor! ¡Cuánto alborozo! ¡Qué olor de rosas, lirios y jazmines! ¡Cuánta dulce fruición! Las almas entonaban cánticos de alegría. El cielo, el sol, la brisa, todo convidaba a la fiesta del espíritu.

Era el 17 de abril de 1887...

La ancha nave contenía estrechamente inmensa multitud. Esparcíase el suave olor de mil variadas flores; los acordes de la música hacían elevar el espíritu a las regiones del infinito, y las almas buenas se regocijaban en aquel día de triunfo.

Un grupo de adolescentes era conducido ante el altar augusto de la ciencia: iban a ser ungidas con el óleo santo del magisterio.

Pero... ¿quién osaba llevarlas a aquel sagrado recinto? ¿Quién hollaba el pavimento de aquel templo, inaccesible hasta entonces a la mujer dominicana? Las llevaba una mujer... Y aquella mujer sacerdotisa iba a ofrendar en aras de la patria de su amor el fruto primero de sus afanes y desvelos: iba a ofrecer en holocausto—con aquellas seis adolescentes de blanca vestidura—todas las fuerzas de su espíritu abnegado, toda la ternura de su alma, todo el caudal de su inagotable, infinito amor a la perla del Mar Caribe, su Quisqueya idolatrada.

¡Ah! No es a mí, acaso tampoco a ninguna de las que somos encarnación de tu alma, a quien toca enaltecerte, a quien toca describir y pintar tu vida de ejemplar abnegación, los escollos que pudieron detenerte, pero que nunca te arredraron, en la ardua tarea que te impusiste por amor a la sociedad dominicana, por amor a la patria.

Educadora y madre a la vez ¡con qué nobleza de alma, con cuánto heroico sacrificio, ejerciste el sagrado ministerio! ¡Con cuánto esmero, con qué tierna solicitud templaste aquellos corazones, y levantaste aquellas inteligencias que, dormidas aún, esperaban una mano amiga y cariñosa que las despertara dulcemente!

Y tú, la egregia poetisa, penetraste también los arcanos de la ciencia, investigaste los secretos de la naturaleza, consagraste las

fuerzas todas de tu alma a la cultura de la mujer dominicana, y acogiste tiernamente en tu hogar, de esposa y madre amorosísima, a aquel grupo de niñas que, sedientas de luz, bebieron en los lípidos raudales de tu razón, y se bañaron en las dulces claridades que irradiaba tu conciencia inmaculada...

Aún palpitan en mis oídos, en mi alma, en el alma de mis tiernas amigas de la infancia, mis amadas compañeras, los ecos de esa voz edificante, los efluvios de ese espíritu infatigable que, cerniéndose por cima de todo lo terrestre, dejando atrás vallas y salvando abismos con abnegación sublime, educaba y redimía...

Redimía, sí. ¡Educativa, redentora y madre! Dulce y augusta trinidad, que eleva y dignifica.

En aquel bendito hogar, sagrario de virtudes y de ciencias, al influjo de tu palabra evangelizadora, al calor vivificante de tu ejemplo santo, bajo tu dulce regazo maternal, crecieron y se formaron las que hoy, sedientas de tu amor, ávidas de tus saludables consejos, buscan inútilmente tu bienhechor abrigo.

Cayó el robusto tronco. La encina corpulenta sucumbió a impulsos de violenta sacudida, y las plantas que crecían bajo su benéfica sombra, en vano buscan las ramas protectoras del árbol caído...

¡Ah!.. No era tiempo todavía...

Ellas necesitaban aún del suave calor de tu mirada, de tus consejos nutridos de la más alta moral, de tu cariño inefable...

Reunidas en torno tuyo, como mariposas que revolotean en derredor de un foco de vivísima luz, pendiente el alma de tus labios, arrobado el espíritu con las fragantes emanaciones de tu espíritu, agrupadas y enlazadas con el vínculo sagrado de tu afecto, bajo la poderosa influencia que en ellas ejercía el dulce acento de tu palabra divina, ¡qué gratas eran aquellas horas de solaz, qué tiernamente latían aquellos corazones, que de tu alma recibían la hostia cándida del deber y la verdad y el bien, en el santuario de los íntimos afectos..!

Y ya en el lecho de muerte, en donde se iban agotando tus fuerzas materiales y abatiendo el gigantesco vuelo de tu espíritu, aún se alzaba tu voz edificante, vibraban los ecos de tu alma, y desde allí, como desde un Tabor, aconsejabas, ilustrabas, redimías

Mas hoy; ¡oh Dios!.. Aun nos parece verte postrada en el lecho del dolor, rodeada de tu amante esposo, de tus hijos, de tus

más caras afecciones, reclinada la noble cabeza pensadora, alta siempre la pálida frente, de donde brotó a torrentes la luz, trémulos aquellos labios que siempre se abrieron para dar paso a la verdad...

—“¡Qué dulce es el sueño de la muerte!”— nos dijiste.

¡Qué dulce, sí, debe ser para ti, alma inmaculada, que tan pródigamente hiciste el bien, que con tanta ternura, con tanta abnegación supiste cumplir en la tierra la misión augusta de hija, esposa, educadora y madre!

Los cielos se han regocijado; los ángeles han debido sonreír; las vírgenes deben haberte coronado de palmas inmortales, mientras llora la tierra tu eterna despedida.

Pero ¡ah! en el corazón de tus íntimas, tus discípulas predilectas, tus hijas espirituales, brillará por siempre el foco de intensa luz de tu mirada, resonará eternamente el dulce ritmo de tu voz de madre.

En tanto, en esta noche de dolor y de tristísimos recuerdos, una de aquellas niñas a quienes ungiste con el óleo santo de tu palabra divina, a quienes adolescentes después, —diez años ha— llevaste a consagrar con el óleo del magisterio, te ofrenda en nombre de sus amigas del alma, sus duces compañeras, el único tributo de indecible ternura, de acendrado amor filial que pueden ofrecer a tu memoria sacrosanta: sus lágrimas, dulce y piadoso tributo de las almas.

MERCEDES LAURA AGUIAR

7 de abril de 1897

PALABRAS

del Superintendente General de Enseñanza, Dr. Pedro Henríquez Ureña, en la inauguración del mausoleo de Luisa Ozema Pellerano de Henríquez, 28 de marzo de 1933

Gran virtud del pueblo dominicano es la costumbre de honrar a sus maestros. Nuestro pueblo sabe, siente que el maestro es forjador y sustentador del alma colectiva. Maestros fueron los iniciadores de nuestra independencia. Maestro fué Núñez de Cáceres; maestro fué Duarte. La conservación de la cultura que en nuestro suelo implantaron los descubridores y los evangelizadores ha sido la salvaguardia de nuestra personalidad. Vez tras vez, el pueblo dominicano ha sentido como amenaza de muerte el peligro de perder su cultura tradicional y su idioma. Y en 1795, como en 1822, como en 1916, el idioma español ha sido para nosotros escudo y arma y espuela. Por eso, hasta la vigilancia del maestro sobre el idioma es entre nosotros función de patriotismo como en ningún otro pueblo de la estirpe hispánica.

Pero nuestra costumbre de honrar a los maestros, que es virtud patriótica, sabe rebasar los límites del egoísmo nacional; así dedicamos reverencia a maestros extranjeros, como Gaspar Hernández y Eugenio María Hostos, a quienes contamos entre los orientadores esenciales del alma dominicana.

Y entre las figuras magistrales nuestro pueblo ve con respeto singular, desde hace medio siglo, a las que se consagran a la formación del alma de la mujer. Ve con interés cómo, levantándose sobre el nivel de las escuelas infantiles, inician tímidas reformas Socorro Sánchez y María Nicolasa Billini; cómo la educación moderna, implantada en 1880 para los hombres, alcanza desde 1881 a las mujeres, cuando Salomé Ureña de Henríquez funda el "Instituto de Señoritas"; y celebra con una extraordinaria apoteosis la investidura de las primeras maestras normales en 1887. Ve con honda pena el cierre del Instituto, en 1893, y en 1897 convierte en duelo nacional, sin decretos guberativos, la muerte de la fundadora, en cuyos funerales desfilaron las mujeres dominicanas por primera vez en un acto civil. Pero en 1895 ve con regocijo la fundación del segundo "Instituto de Señoritas" bajo la dirección de

Luisa Ozema y Eva María Pellerano; aplaude año tras año sus triunfos; y cuando en 1927 cae vencida por la muerte Luisa Ozema Pellerano de Henríquez, después de ocho lustros de labor, —porque fué una de las iniciadas de 1887—, le tributa otro de esos homenajes extraordinarios que conmueven íntimamente a quien los observa porque revelan la incomparable fuerza generosa de la gratitud que los beneficios espirituales engendran.

Seis años después, estamos aquí recordando, ante este mausoleo que la piedad de sus discípulas ha levantado, la figura y la obra de aquella fundadora, que así debe llamársela, con el título que da la Iglesia Católica a santas priorosas. No es a mí a quien toca hacer su elogio: sólo la función oficial me obliga a hablar aquí. Pero me será permitido, al menos, recordar la amplia curva de aquella vida fructuosa. Adolescente aún Luisa Ozema cuando llegó al magisterio, muy joven todavía cuando fundó su escuela, la convierte con el tiempo en centro de irradiación caudalosa. El primer "Instituto de Señoritas", que tantas admiraciones suscitó, vivió sólo doce años, y en él sólo llegaron a formarse catorce maestras. El segundo Instituto vive desde hace treinta y ocho años y en él se han formado más de doscientas educadoras. Con él se realiza al fin en Santo Domingo una de las evoluciones fundamentales de la enseñanza moderna: la mujer se adueña de la escuela, primaria y es ella quien hace desaparecer la inevitable aspereza del dómine, para que el niño pase, sin trastorno, de las manos de la madre a las manos de la mestra.

Luisa Ozema Pellerano llegó a la vida con todos los dones que cabe poseer en nuestra tierra; muchos de esos dones los exaltó y perfeccionó. Tuvo desde la hermosa figura hasta la mente vivaz. Tuvo dón de gracia, hasta en la voz de plata, hasta en la fina escritura. Pero cuando la vida le pidió esfuerzo y sacrificio, se reveló mujer de su tierra, mujer fuerte, mujer de valor, fundadora y constructora. Su figura creció con los años, en energía y en bondad, hasta ser para sus discípulas, como la llamó Amada Nivar de Pittaluga, la "madre Luisa Ozema". Honrando su memoria, honramos a un arquetipo de mujer dominicana.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

DISCURSO

de Eugenio María Hostos, Director de la Escuela Normal de Santo Domingo, en la investidura de los primeros Maestros Normales de la República, discípulos suyos, en 1884 (*)

Señor Presidente de la República:

Señores:

Han sido tantas, durante estos cuatro años de prueba, las perversidades intentadas contra el Director de la Escuela Normal, que acaso se justificaría la mal refrenada indignación que ahora desbocara sobre ellas.

Pero no: no sea de venganzas la hora en que triunfa por su misma virtud una doctrina. Sea de moderación y gratitud.

Sólo es digno de haber hecho el bien, o de haber contribuido a un bien, aquel que se ha despojado de sí mismo hasta el punto de no tener conciencia de su personalidad sino en la exacta proporción en que ella funcione como representante de un beneficio deseado o realizado.

El que de ese modo impersonal se ha puesto a la obra del bien, de nadie, absolutamente de nadie, ha podido recibir el mal. ¿Qué gusano, qué víbora, qué maledicencia, qué calumnia, qué Judas, qué Yago han podido llegar hasta él? ¿Es él un gusano? ¿Es él un áspid? ¿Es él una excrecencia revestida de la forma humana?

No, señores: él es lo más alto y lo más triste que hay en la creación. Es la roca desierta que soberanos esfuerzos han solevado lentísimamente por encima del mar de tribulaciones, y que sufre sin quebrantarse la espuma de la rabia, el embate de la furia, el horror desesperado de las olas mortales que la asedian. Es la conciencia, triste como la roca, pero alta como la roca desierta del océano. Y no la conciencia individual, que siempre toma su

(*) Los graduados fueron: Francisco José Peynado, Félix Evaristo Mejía, Agustín Fernández, Lucas T. Gibbes, José María Alejandro Pichardo, Arturo Grullón.

Este discurso ha sido calificado por el pensador mexicano Antonio Caso como la más alta página filosófica de la América española.

fuerza en la inconciencia circunstante, sino la conciencia humana, que toma su fuerza de sí misma, que de sí misma recibe su poder de resistencia, y, secundando a la naturaleza, sacrifica el individuo a la especie, la personalidad a la colectividad, lo particular a lo general, el bienestar de uno al bienestar de todos, el hombre a la humanidad.

En esa región de la conciencia no hay pasiones como las pasiones vergonzosas que amojaman el cuerpo y el alma de otros hombres: unos y otras pasan por debajo, precipitándose en la sima de su propia nada, sin que logren de la conciencia, que va trepando penosamente su pendiente, ni una mirada, ni una sonrisa, ni un movimiento de desdén. Ascendiendo siempre la una, bajando siempre las otras ¿qué venganza más digna de la una que el seguir siempre ascendiendo, qué castigo mayor para las otras que el seguir siempre bajando?

Una vez, en los Andes soberanos, por no se sabe qué extraordinaria sucesión de esfuerzos, había logrado subir al penúltimo pico de la cúspide misma del desolado ventisquero del Planchón una alpaca de color tan puro como la no medida plancha de hielo que le servía de pedestal. Descendiendo por la vertiginosa pendiente del ventisquero, y hundiéndose en los cóncavos senos de la tierra con todo el fragor de dos truenos repetidos mil veces por los ecos subterráneos, dos torrentes furiosos azotaban la mole en que la alpaca se asilaba. Las oleadas la sacudían, las espumas la salpicaban, los horrisonos truenos la amenazaban, y la tímida alpaca no temía.

Muy por debajo de la cumbre, al pie del ventisquero, una turba de enfermos que habían ido a buscar la curación de sus dolencias o de sus pasiones en aquella salutífera desolación, se entretenía contemplando la angustiada lucha entre el débil andícola y los fuertes Andes; y, como siempre que los hombres se entretienen, los unos se mofaban del débil, los otros celebraban con risotadas las irracionales mofas, éstos tiraban piedras que no podían alcanzar al inaccesible animalito, aquéllos trataban de acosarlo con sus vociferaciones, alguno que otro lo compadecía, sólo uno tomaba para sí el ejemplo que él le daba, y todos deseaban que llegara el desenlace cualquiera que esperaban.

Mientras tanto, la alpaca solitaria, indiferente a los gritos y las risas de los hombres, impasible ante el estruendo y el peligro, buscaba un punto de apoyo en la saliente de hielo petrificado que

coronaba el ventisquero, y, después de caer una y más veces, logró por fin encaramarse en el único seguro de aquel desierto de hielo desolado. Entonces, conociendo por primera vez el peligro de muerte que había corrido, y oyendo por primera vez las vociferaciones que la habían acosado, dirigió una mirada plácida a los hombres, a los torrentes desenfrenados y al abismo adonde habían tratado de precipitarlo, fijó la vista en el espacio inmenso, y, percibiendo sin duda cuán invisible punto son los seres mortales en la extensión inmortal de la naturaleza, transmitió a sus ojos expresivos la centelleante expresión de gratitud que a todo ser viviente conmueve en el instante de su salvación; y, dirigiendo otra mirada sin encono a las fuerzas naturales y a los hombres que lo habían acosado, por invisibles senderos se encaminó tranquilamente a su destino.

En el alma de todo sér racional que ha logrado salvar las dificultades de una obra trascendental, se manifiesta el mismo fenómeno que observé en la alpaca descarriada de los Andes. Por encima de toda pasión odiosa se levanta en el fondo el sentimiento de la gratitud.

Yo la siento profunda, y la proclamo en voz alta ante vosotros.

Todos, en el gobierno de la nación, en el gobierno del municipio, en el gobierno de la familia, en el gobierno de la opinión, como legisladores, presidentes y secretarios del Estado, como representantes de la comunidad municipal, como jefes e inspiradores del hogar, como guías de la opinión cotidiana, todos vosotros, así los presentes como los distantes, así los que sostuvisteis como los que iniciasteis esta obra, así los que desde el primer momento descubristeis la intención redentora que ella conlleva como los que hayáis tardado en ver la pureza de sus designios, así los que hayáis podido calumniarla como los que la hayáis combatido por error o por sistema, así los claros enemigos de la obra como los oscuros enemigos del obrero, todos sois dignos de gratitud, porque habéis contribuído a un beneficio que la República estimará tanto más concienzudamente cuanto mayor número de generaciones, redimidas por este esfuerzo común de redención, vengan a darle cuenta de la causa fundamental de la serie de bienes que en lo porvenir sucederá a la mañana de males que en lo pasado la envolvían.

Todos habéis contribuído a esta obra, los unos excitando con vuestra simpatía las pasiones generosas del amigo, los otros es-

timulando, en el que inútilmente quisisteis considerar como enemigo, las reacciones sublimes que el odio injusto promueve en las almas poseídas de la verdad y de la justicia.

Factores del bien como habéis sido todos, acaso deseáis que se le exponga, tal cual es, a los ojos atentos de la República; y ese deseo es el que va este discurso a complacer.

Harto lo sabéis, señores: todas las revoluciones se habían intentado en la República, menos la única que podía devolverle la salud. Estaba muriéndose de falta de razón en sus propósitos, de falta de conciencia en su conducta, y no se le había ocurrido restablecer su conciencia y su razón. Los patriotas por excelencia que habían querido completar con la restauración de los estudios la restauración de los derechos de la patria, en vano habían dictado reglamentos, establecido cátedras, favorecido el desarrollo intelectual de la juventud y hasta formado jóvenes que hoy son esperanzas realizadas de la patria: o sus beneméritos esfuerzos se anulaban en la confusión de las pasiones anárquicas, o la falta de un orden y sistema impedía que fructificara por completo su trabajo venerando.

La anarquía, que no es un hecho político, sino un estado social, estaba en todo, como estaba en las relaciones jurídicas de la nación; y estuvo en la enseñanza y en los instrumentos personales e impersonales de la enseñanza.

Para que la República convaleciera, era absolutamente indispensable establecer un orden racional en los estudios, un método razonado en la enseñanza, la influencia de un principio armonizador en el profesorado, y el ideal de un sistema superior a todo otro, en el propósito mismo de la educación común.

Era indispensable formar un ejército de maestros que, en toda la República, militara contra la ignorancia, contra la superstición, contra el cretinismo, contra la barbarie. Era indispensable, para que esos soldados de la verdad pudieran prevalecer en sus combates, que llevaran en la mente una noción tan clara, y en la voluntad una resolución tan firme, que cuanto más combatieran, tanto más los iluminara la noción, tanto más estoica resolución los impulsara.

Ni el amor a la verdad, ni aun el amor a la justicia, bastan para que un sistema de educación obtenga del hombre lo que ha de hacer del hombre, si a la par de esos dos santos amores no desenvuelve la noción del derecho y del deber: la noción del derecho,

para hacerle conocer y practicar la libertad; la del deber, para extender prácticamente los principios naturales de la moral desde el ciudadano hasta la patria, desde la patria obtenida hasta la pensada, desde los hermanos en la patria hasta los hermanos en la humanidad

Junto, por tanto, con el amor a la verdad y a la justicia, había de inculcarse en el espíritu de las generaciones educandas un sentimiento poderoso de la libertad, un conocimiento concienzudo y radical de la potencia constructora de la virtud, y un tan hondo, positivo e inmovible conocimiento del deber de amar a la patria, en todo bien, por todo bien y para todo bien, que nunca jamás resultara posible que la patria dejara de ser la madre alma de los hijos nacidos en su regazo santo o de los hijos adoptivos que trajera a su seno el trabajo, la proscrición o el perseguimiento tenaz de un ideal.

Todos y cada uno de estos propósitos parciales estaban subordinados a un propósito total; o, en otros términos, era imposible realizar parcialmente varios o uno de estos propósitos, si se desconocía o se descuidaba el propósito esencial: el de formar hombres en toda la excelsa plenitud de la naturaleza humana.

Y ese fin ¿cómo había de realizarse? Sólo de un modo, el único que ha querido la naturaleza que sea medio universal de formación moral del sér humano: desarrollando la razón; diré mucho mejor diciendo la racionalidad; es decir, la capacidad de razonar y de relacionar, de idear y de pensar, de juzgar y conocer, que sólo el hombre, entre todos los seres que pueblan el planeta, ha recibido como carácter distintivo, eminente, excepcional y trascendente.

Y para desarrollar la mayor cantidad posible de razón en cada sér racional ¿qué principio había de ser norma, qué medio había de ser conducta, qué fin había de ser objeto de la educación?

¿Habíamos de dejar las cosas como estaban? Habríamos seguido obteniendo, del sistema de educación apetecido, lo que el sistema practicado estaba dando a la República: unos cuantos hombres de intelectualidad natural muy poderosa, que, en virtud de sus propios esfuerzos y contra los esfuerzos de de su viciosa educación intelectual, se elevaban por sí mismos a una contemplación más pura y más real de la verdad y el bien que la generación de bípedos dañinos o inofensivos que los rodeaban.

¿Habíamos de ir a restablecer la cultura artificial que el es-

colasticismo está todavía empeñado en resucitar? Habríamos seguido debiendo, a esa monstruosa educación de la razón humana, los ergotistas vacías que, en los siglos medios de Europa y en los siglos coloniales de la América latina, vaciaron la razón, dejando como impuro sedimento las cien generaciones de esclavos voluntarios que viven encadenados a la cadena del poder humano o a la cadena del poder divino y que, cuando se encontraron en la sociedad moderna, al encontrarse en un mundo despoblado de sus antiguos dioses y de sus antiguos héroes, no supieron, en Europa, ponerse con los buenos a fabricar la libertad, no supieron, en la América Latina, ponerse con los mejores a forjar la independencia.

¿Habíamos de buscar, en la dirección que el Renacimiento dió a la cultura moral e intelectual, el modelo que debíamos seguir? No estamos para eso. Estamos para ser hombres propios, dueños de nosotros mismos, y no hombres prestados; hombres útiles en todas las actividades de nuestro sér, y no hombres pendientes siempre de la forma que en la literatura y en la ciencia griegas y romanas tomaron las necesidades, los afectos, las pasiones, los deseos, los juicios y la concepción de la naturaleza. Estamos para pensar, no para expresar; para velar, no para soñar; para conocer, no para cantar; para observar, no para imaginar; para experimentar, no para inducir por condiciones subjetivas la realidad objetiva del mundo.

¿Habíamos, por último, de adoptar una organización docente que nos diera el esqueleto, no el contenido de la ciencia?

¿Qué habríamos hecho de la organización de los estudios, norteamericana, alemana, suiza, francesa, si nos faltaba el elemento generador de la organización? ¿Qué Condorcet ha podido imbuir el principio vital en un facsímil de hombre? ¿Qué Cuvier ha podido poner en movimiento las organizaciones anatómicas que restauraba? ¿Qué Pigmalión ha podido dar el fuego divino de la vida al bello ideal que ha esculpido el estatuario?

Como el soñador deificado de la Grecia, como el paleontólogo que Francia dió a la ciencia, como el filósofo que la Revolución Francesa malogró, no la estatua, no los huesos, no la imagen, necesitábamos la vida.

Aun más que la vida. Para que la razón educada nos diera la forma vital que íbamos a pedirle, necesitábamos restituírle la salud.

Razón sana no es la que funciona conforme al modo común de

funcionar en la porción de sociedad humana de que formamos parte. Razón sana es la que reproduce con escrupulosa fidelidad las realidades objetivas y nos da o se da una interpretación congruente del mundo físico; la que reproduce con estoica imparcialidad las realidades subjetivas, y se da o nos da una explicación evidente de las actividades morales del sér que es en las profundidades del esqueleto semoviente que somos todos.

Razón sana no es la que destella rayos desiguales de luz, brillando ahora con los fulgores de la fantasía, deslumbrando después con los espejismos de la rememoración, esclareciendo con claridad solar una incertidumbre o una duda, y, complaciéndose después en las sombras o en las medias tintas, camina por la vida como va por los senderos del mundo el caminante imprevisor: tropezando y cayendo y levantándose, para volver a tropezar y a caer y a levantarse. Razón sana es la que funciona estrictamente sujeta a las condiciones naturales de su organismo.

Y entonces es cuando, directora de todas las fuerzas físicas y morales del individuo, normalizadora de todas las relaciones del asociado, creadora del ideal de cada existencia individual, de cada existencia nacional, y del ideal supremo de la humanidad, se dirige a sí misma hacia la verdad, dirige la afectividad hacia lo bello bueno, dirige la voluntad al bien; regula por medio del derecho y del deber las relaciones de familia, de comunidad, de patria; forja el ideal completo del hombre en cada hombre; el ideal de la patria bendecida por la historia, en cada patriota; el ideal de la armonía universal, en todos los seres realmente racionales; e, iluminando con ellos la calle de amargura que la naturaleza sorda ha señalado con índice inflexible al sér humano, le lleva de siglo en siglo, de continente en continente, de civilización en civilización, al siempre oscuro y siempre radiante Gólgota desde donde se descubre con asombro la eternidad de esfuerzos que ha costado el sencillo propósito de hacer racional al único habitante de la tierra que está dotado de razón.

Llevar la razón a ese grado de completo desarrollo, y enseñar a dejarse llevar por la razón a ese dominio completo de la vida en todas las formas de la vida, no es fin que la educación puede realizar con ninguno de los principios y medios pedagógicos que emplea la enseñanza empírica o la enseñanza clásica. La una prescinde de la razón. ¿Cómo ha de poder dirigir a la razón? La otra la amputa. ¿Cómo ha de poder completarla? La una nos haría fó-

siles, y la vida no es un gabinete de historia natural. La otra nos haría literatos, y la vida no está reducida, y las fuerzas creadoras no están concretadas, a la imitación o admiración de las armonías de lo bello. La vida es un combate por el pan, por el puesto, por el principio, y es necesario presentarse en ella con la armadura y la divisa del estoico: *Conscientia propugnans pro virtute*.

La vida es una disonancia, y nos pide que aprendamos, gimiendo, llorando, trabajando, perfeccionándonos, a concertar en una armonía, superior a la pasivamente contemplada o imitada por los clásicos, las notas continuamente discordantes que, en las evoluciones individuales, nacionales y universales del hombre por el espacio y el tiempo, lanza a cada momento la lira de mil cuerdas que, con el nombre de historia, solloza o canta, alaba o increpa, exalta o vitupera, bendice o maldice, endiosa o endiablo los actos de la humanidad en todas las esferas de acción, orgánica, moral e intelectual, que hacen de ella un segundo creador y una creación continua.

Monstruoso el escolasticismo, eunuco el clasicismo qué enseñanza era necesaria para verificar la revolución saludable en esta sociedad ya cansada de revoluciones asesinas?

La enseñanza verdadera: la que se desentiende de los propósitos históricos, de los métodos parciales, de los procedimientos artificiales, y, atendiendo exclusivamente al sujeto del conocimiento, que es la razón humana, y al objeto del conocimiento, que es la razón humana, y al objeto del conocimiento, que es la naturaleza, favorece la cópula de entrambas, y descansa en la confianza de que esa cópula feliz dará por fruto la verdad.

Dadme la verdad, y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozaráis el mundo; y yo, con la verdad, con sólo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis vosotros destrozado. Y no os daré solamente el mundo de las organizaciones materiales: os daré el mundo orgánico, junto con el mundo de las ideas, junto con el mundo de los afectos, junto con el mundo del trabajo, junto con el mundo de la libertad, junto con el mundo del progreso, junto —para disparar el pensamiento entero— con el mundo que la razón fabrica perdurablemente por encima del mundo natural.

¿Y qué sería yo, obrero miserando de la nada, para tener esa virtud del todo? Lo que podríais ser todos vosotros, lo que pueden ser todos los hombres, lo que he querido que sean las ge-

neraciones que empiezan a levantarse, lo que, con toda la devoción, con toda la unción de una conciencia que lleva consigo la previsión de un nuevo mundo moral e intelectual, quisiera que fueran todos los seres de razón: un sujeto de conocimiento fecundado por la naturaleza, eterno objeto de conocimiento.

La verdad que de esa fecundación nacería, hasta tal punto es un poder, que ya lo veis, a vuestra vista está: la faz, distinta de la humanidad pasada, con que se nos presenta la humanidad actual, no es obra de otro obrero, ni efecto de otra causa, que de la mayor cantidad de verdad que el hombre de hoy tiene en su mente. Esa mayor cantidad de verdad no se debe a otra operación de alquimia o taumaturgia que a la simple operación de observar la realidad del mundo tal cual es.

¿Y para qué, si no para eso, tenemos nosotros los sentidos? ¿Y para qué, si no para eso, transmiten ellos sus sensaciones al cerebro? ¿Y para qué, si no para eso, funciona en el cerebro la razón?

Y, sin embargo, hacer eso, que es lo que la naturaleza ha querido que hiciese el hombre en el planeta que le ha dado, ha parecido, a los irreflexivos de todas partes, un atentado contra la naturaleza, y a los irreflexivos de por acá ha parecido un atentado contra Dios.

Pero Señor, providencia, causa primera, verdad elemental, razón eficiente, conciencia universal, seas lo que fueres ¿hasta cuándo ha de ser un crimen la inocencia? ¿Hasta cuándo ha de ser un mal la aspiración al bien? ¿Hasta cuándo ha de ser aborto de la naturaleza el que más se esfuerza por ser su fiel hechura? ¿Hasta cuándo ha de ser un ofensor el que sólo quiere ser defensor de la razón?

¿De la razón? De la parcela de razón que tú, sin duda tú, razón centrípeta, has imbuído en el espíritu del hombre, para que, evolucionando independientemente de su foco, se lance en el espacio sin fin de la verdad, y, teniendo en tu seno el centro fijo, imite a la vorágine de mundos que se precipitan en el infinito, y que trazando en él sus invisibles órbitas, y poseídos del vértigo que los aleja de su centro, son, como la razón humana, tanto más prueba de que existe el centro a que obedecen, cuanto más en lo hondo del infinito se sumergen.

¿Qué cuerpo en el espacio, qué razón en el mundo de los hombres, qué virtud en el alma de los niños, puede no ser más regular

cuando obedezca naturalmente a su centro de atracción?

Así como el centro del mundo planetario está en el sol, y el centro de la razón está en el mundo que contempla, así el centro de toda virtud es la razón. Desarrollar en los niños la razón, nutriéndola de realidad y de verdad, es desenvolver en ellos el principio mismo de la moral y la virtud.

La moral no se funda más que en el reconocimiento del deber por la razón; y la virtud no es más ni menos que el cumplimiento de un deber en cada uno de los conflictos que sobrevienen de continuo entre la razón y los instintos. Lo que tenemos de racionales vence entonces a lo que tenemos de animales, y eso es virtud, porque eso es cumplir con el deber que tenemos de ser siempre racionales, porque eso es la fuerza (virtus), la esencia constituyente, la naturaleza de los seres de razón.

Para lograr ese fin, más alto y mejor que otro cualquiera (por ser, tomando un pleonasma expresivo de la metafísica alemana, el fin final del hombre en el planeta), por lograr ese fin han querido los grandes maestros, desde Confucio hasta Sócrates, desde Mencio hasta Aristóteles, desde Comenio hasta Pestalozzi, desde Fenelon hasta Froebel, desde Tyndall hasta Lockyer, desde Mann hasta Hill, secundar a la razón en su incesante evolucionar a la verdad. Por lograr ese fin se quiso también aplicar aquí el sistema y el procedimiento racional de educación. Formar hombres en toda la extensión de la palabra, en toda la fuerza de la razón, en toda la energía de la virtud, en toda la plenitud de la conciencia, ese podrá haber sido el delito, pero ese ha sido y seguirá siendo el propósito del director de esta obra combatida.

Para que la obra fuese completamente digna de un pueblo, ni un solo móvil egoísta he puesto en ella.

Si el egoísmo hubiera sido mi guía o mi consejero, hace ya mucho tiempo que hubiera desistido de la empresa: la calumnia habría dado la voz a la viril indignación, y habría acabado.

Pero ni al mal egoísmo ni al egoísmo bueno presté oído, y el mismo tranquilo menospreciador de aullidos que antes era, soy ahora; y la misma que fué en la ley, es en el presupuesto de mi vida la recompensa económica de mi trabajo material.

Si hubiera sido egoísta, abiertas generosamente para mí han estado las puertas de una comarca hermana, y me las he cerrado.

Si hubiera sido egoísta, Constitución, posibilidad de ser útil, simpatías personales, la misma vocación, me hubieran llamado

a la política, y mirad que vivo en la soledad de mis deberes.

Si hubiera sido egoísta, me hubiera abierto a todas las expansiones que dan popularidad al hombre público, y mirad que estoy tan encerrado como siempre en mi reserva.

Si hubiera sido egoísta...

Pero ¿cómo me atrevo a alucinaros? ¿cómo me atrevo a mentiros? ¿cómo me atrevo a engañaros?

Al modo de la virgen pudorosa que se ruboriza al negar el afecto que suspira en lo profundo, el alma virgen de dolo y de mentira inflama el rostro del que miente una virtud.

Vedme, señores, confeso de mentira ante vosotros. Vedme confuso de haberos engañado. Yo no puedo negaros que os engaño. Yo no puedo negaros que soy el más egoísta de los reformadores. Yo no puedo negaros que en la obra intentada, en la perseverancia de que ella es testimonio y en el dominio de las circunstancias que la han contrastado, mi más fuerte sostén ha sido el egoísmo.

Mis esfuerzos, mi perseverancia, el dominio de mí mismo que requiere esta reforma, no han sido sólo por vosotros: han sido también por mí, por mi idea, por mi sueño, por mi pesadilla, por el bien que merece más sacrificios de la personalidad y el amor propio.

Al querer formar hombres completos, no lo quería solamente por formarlos, no lo quería tan sólo por dar nuevos agentes a la verdad, nuevos obreros al bien, nuevos soldados al derecho, nuevos patriotas a la patria dominicana: lo quería también por dar nuevos auxiliares a mi idea, nuevos corazones a mi ensueño, nuevas esperanzas a mi propósito de formar una patria entera con los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos.

Tíreme la primera piedra aquel de entre vosotros que se sienta incapaz de ese egoísmo.

Con ese no se contará para la alta empresa. Y cuando ya las legiones de reformados en conciencia y en razón, por buscar lógicamente la aplicación de la verdad a un fin de vida necesario para la libertad y la civilización del hombre en estas tierras y para la grandeza de estos pueblos en la historia, busquen en la actividad de su virtud patriótica la Confederación de las Antillas, que conciencia y razón, deber y verdad, señalan como objetivo final de nuestra vida en las Antillas, la Confederación pasará sobre ese muerto. Y cuando, al meditar en la eficacia del procedimiento

intelectual que se habrá empleado para llegar a la Confederación, diga alguno que la Confederación de las Antillas es más una confederación de entendimientos que de pueblos, el que ahora me acuse quedará eliminado de la suma de entendimientos que haya concurrido al alto fin.

Pero si el soñador no llegara a la realización del sueño, si el obrero no viese la obra terminada, si las apostasías disolvieren el apostolado, ni la vida azarosa ni la muerte temprana podrán quitar al maestro la esperanza de que en el porvenir germine la semilla que ha sembrado en el presente, porque del alma de sus discípulos ha tratado de hacer un templo para la razón y la verdad, para la libertad y el bien, para la patria dominicana y la antillana.

Y cuando más desesperado cierre los ojos para no ver el mal que sobrevenga, del fondo de su retina resurgirá la escena que más patéticamente le ha probado la excelencia de esta obra.

Estábamos en ella: estábamos trabajando para acabar de entregar a la República esos hombres. Uno de ellos iba a ser examinado, y se había dado la señal. El órgano, con su voz imponente, hacía resonar ese interludio sublime que, con cuatro notas, penetra en lo hondo de la sensibilidad moral, y la despierta en los rincones de la sensibilidad física, y eriza los nervios en la carne.

La Escuela era en aquel momento lo que en esencia es: y el silencio y el recogimiento atestiguaban que se estaba oficiando en el ara de eterna redención que es la verdad.

De pronto, al pasar por la puerta una mujer del campo, se detiene, deja en la acera los útiles de su industria y de su vida, intenta trasponer el umbral, se amedrenta, vacila entre el sentimiento que la atrae y el temor que la repele, levanta sus escuálidos brazos, se persigna, dobla la rodilla, se prosterna, ora, se levanta en silencio, se retira, medrosa de sus propios pasos, y así deja consagrado el templo.

Los escolares imprevisores se reían, el órgano seguía gimiendo su sublime melopea, y, por no interrumpirla ni interrumpir la emoción religiosa que me conmovía, no expresé para los escolares la optación que expreso ante vosotros y ante la patria de hoy y de mañana.

¡Ojalá que llegue pronto el día en que la escuela sea el templo de la verdad, ante el cual se prosterne el transeunte, como ayer se prosternó la campesina! Y entonces no la rechacéis con vuestras risas, no la amedrentéis con vuestra mofa; abridle más

las puertas, abridle vuestros brazos, porque la pobre escuálida es la personificación de la sociedad de las Antillas, que quiere y no se atreve a entrar en la confesión de la verdad.

EUGENIO MARIA HOSTOS

EL APOSTOL

En honor de Eugenio María Hostos,
al regresar a Santo Domingo

Era un peregrino del bien y venía desde lejanas tierras ho-
yando surcos y sembrando flores.

Y allí en la montaña enhiesta, donde es más ardiente el sol,
mas puro el aire y el ambiente más sereno, allí plantó su tienda.

Consagrado a su obra, luchó tenazmente, ora rompiendo a gol-
pes de maza la estéril roca, ora reuniendo en una sola capa los
dispersos granos; destruyendo aquí la ortiga que amenaza, alen-
tando allí el débil vástago que doblega el viento, sembrando en
todas partes el germen de la vida nueva.

Y era de ver cómo en aquel terreno antes yermo ofrecían aho-
ra las hojas su verdura bienhechora; las flores, sus alegres mati-
ces, su perfume delicado; cada nuevo año, su colecta de sazonados
frutos.

Pero hubo un día en que el huracán asolador, que osó amena-
zar con ráfagas de muerte la empinada cima, avanzó resuelto, y
arrollando al paso la fecunda labor, destruyendo con furioso em-
bate tanto honrado esfuerzo, tan tiernas y halagadoras esperan-
zas, acosó de allí al noble cultivador, dejando huérfana y agosta-
da la triste campiña.

¿Qué fué de la tierna espiga, qué del manzano en flor?
¿A dónde irá el alado insecto en pos del dulce néctar? ¿Qué resta
de tanto esplendor y lozanía?

Sólo queda oculta en la tierra la blanda simiente.

Y allá va trasponiendo cumbres el valiente luchador. No des-
maya: siente apenas la vaga sensación del desaliento; dobla el
esfuerzo, avanza, hoyando surcos y sembrando flores...

Han pasado algunos años. En campo fértil quedó la simiente
de bien, y hoy el Maestro, sembrador de ideas, acude al reclamo
de sus discípulos: sublime y grande en su noble apostolado, tra-
yendo el olvido, el perdón y la palabra de verdad sobre los labios.

Vedle allí de nuevo, en la cumbre. Su verbo es luz que irradia
en las alturas mostrando la verdadera senda de la vida; es fuente
inagotable adonde van a beber los ávidos de verdad; es la promesa
de redención para las almas que aspiran al bien.

En tanto que en la sombra reptaba o se deslizaba furtiva por entre breñas y malezas la sierpe audaz, y logra, rastreando, mover las hojas secas, produciendo sordo rumor amenazante, allá van a plena luz meridiana las más puras ofrendas del amor y de la gratitud.

El Apóstol no está solo. Hacia él se dirigen, llenos de fe, de amor y de consuelo, hombres, mujeres y niños. Llevan en sus pechos raras divisas: son flores de bien.

Y allí está, invulnerable, inaccesible para el mal, llena la mente de eternos pensamientos, edificando con su vida, predicando con su ejemplo la única doctrina salvadora: la Verdad; la única aspiración generosa del ser humano: el Bien.

LEONOR MARIA FELTZ

Santo Domingo, 1901.



Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

